

ros. Los dueños lloraban viéndoles á lo lejos hender las olas, y sin poder acudir en su auxilio, hasta que fatigados los pobres animales se paraban.... comenzaban á sumergirse.... y desaparecían (1).

Otro incidente curioso: cuando al año siguiente reconquistó á Sicilia el general Filanghieri, parecieron todos los cañones y se recuperaron no pocos caballos.

Volviendo á los sucesos de Palermo, no bien salió de la ciudad el duque de Majo, invadió el pueblo soberano su palacio; y si bien el mayor de infantería *Ascenco* hubiera hecho frente de buena gana á los rebeldes, no obstante la corta fuerza de la guarnición, prevínosele que capitulase á fin de evitar la efusión de sangre; por donde, evacuado el palacio, penetró en él inmediatamente el pueblo.

Abriéronse al punto las puertas de las cárceles á 13,000 malhechores (2), y siguiendo su invariable costumbre, comenzaron los regeneradores sus hazañas de destrucción. El palacio real fué completamente saqueado, arrancadas sus colgaduras, desbalijados los armarios, los cuadros hechos pedazos ó robados, y lo mismo todo el mueblaje, sin perdonar los mosaicos ni aun las losas de los salones. Despues demolieron los baluartes; devastaron la casa del general napolitano *Vial*, reduciéndola en seguida á escombros, y haciendo otro tanto, ó poco menos, con las habitaciones de los napolitanos adictos al rey. Solo respetaron los templos, magníficos monumentos, cuyas riquezas, fuerza es decirlo, podían dar pábulo á poderosas tentaciones. Las magníficas estatuas de los reyes de Sicilia, que adornaban el lindísimo paseo de Palermo á orillas del mar, cayeron por tierra destrozadas. ¡Triste fatalidad de las revoluciones, que por mas que las domine un pensamiento creador han de aparecer siempre como destructoras!

De los cincuenta y dos agentes de policía cojidos prisioneros, fueron asesinados veinte y dos; los otros treinta, á quienes se concedió la vida por intercesion de algunos sacerdotes, se vieron trasladados á la cárcel en compañía de unos veinte napolitanos; y cuando despues de haber padecido los mas atroces tratamientos, se creían salvos todos estos presos, se adelantan hácia ellos á la caída de la noche unos cuantos malvados, diciéndoles con las hachas levantadas en alto:

“No os queda mas tiempo de vida que el preciso para que dirijais al cielo vuestra última plegaria: encomendad vuestra alma á Dios.”

Y todos perecieron.

(1) Véase la *Storia militare della rivoluzione avvenuta in Palermo, 1848*, pág. 31.

(2) *Historia de las revoluciones de Italia*, *Pepé*, pág. 284.

Con un poco de energía hubiérase podido reprimir tan horrosas escenas el gobierno provisional, á cuya cabeza estaban *Ruggiero-Settimo* y *Mariano Stabile*; mas á pesar de su omnipotencia, él mismo temblaba ante la revolución, que deseaba dominar porque iba mas lejos de lo que creía, y nadie era osado á levantar su voz en contra de los terroristas.

Al Banco le obligaron á abrir sus puertas, y solo quedaba ya por someter la ciudadela. Deseando el gobierno napolitano evitar una efusión inútil de sangre, dió orden al comandante de que se rindiese, como lo hizo en efecto, puesto que pesaroso, saliendo del fuerte con todos los honores de la guerra. Habían dado tantas pruebas de valor él y su guarnición, que cuando evacuaron la plaza les hizo justicia el enemigo saludándoles con prolongadas aclamaciones.

En seguida se embarcaron para Nápoles penetrados del mas profundo dolor, como quien se despide para siempre de un objeto querido. ¿Por qué tanta desesperacion? ¿Por qué este último abandono?... ¡Ah! era porque en aquel mismo momento Nápoles tocaba á su perdición: eran los últimos dias de Enero, é iba á estallar nuevamente la tempestad revolucionaria.

CAPITULO II.

LAS CALABRIAS Y CARDUCCI.—AGITACIONES EN NAPOLES.—EL MINISTRO DELCARETTO.—27, 28 Y 29 DE ENERO.—LA CALLE DE TOLEDO Y EL MERCADO.—EL REY EN MEDIO DE SU PUEBLO.

De poca importancia habían sido las demostraciones populares de Nápoles en Noviembre y en Diciembre; pero tal era en toda la Italia la fermentación anárquica, que por do quiera se presentian catástrofes. Apenas se supo la revolución de Palermo en la capital de las Dos Sicilias, cuando empezaron los desórdenes. *Costabile Carducci* fué el primero que se atrevió á alzar el grito, sublevando, á la cabeza de algunos facciosos, el *Cilento*, país de rocas y montañas, célebre desde el reinado de Murat por sus turbulentos carbonarios y su espíritu sedicioso.

Los rebeldes, en número de unos mil, empezaron por inutilizar la barca de Selé, para detener los destacamentos que les perseguían, y que no por ello dejaron de alcanzarlos. *Carducci* estaba en *Laurino*, posición militar donde hubiera podido sostenerse largo tiempo, pues que se encontraba en un castillo fortificado sobre la cima de un pico; pero cuando

las tropas reales se presentaron, los insurrectos dieron á huir, y en su carrera, harto apresurada, se precipitaron ellos mismos desde lo alto de la escarpada roca de Laurino (1).

La altura era prodigiosa, y en la caída pereció horriblemente una buena parte de los fugitivos. Uno de ellos, despues de rodar de roca en roca, ya casi destrozado por los agudos picos de las peñas, se quedó suspendido de las ramas de un alcornoque, y pereció allí lenta y paulatinamente sin que nadie pudiese socorrerle. No hace mucho tiempo se veía aun en el mismo sitio su esqueleto cubierto de harapos, pendiente de las ramas del árbol, y columpiándose en el espacio á merced del viento.

Carducci, único que escapó de aquel desastre, pudo llegar hasta la costa, en donde reunió nuevamente algunos partidarios entre los habitantes de la reducida ciudad de Ascea, y allí, cual tigre sediento de sangre, se entregó á todos los excesos de la mas furiosa venganza. De su órden fué preso el baron *Maresca* en su propia casa, por sospechas de haber contribuido al suplicio de un procesado político; y cuando al notificarle que solo le quedaban diez minutos de vida, protestó *Maresca* su inocencia respecto al crimen que se le imputaba, respondió el gefe de Cilento:

“¡Fusílenle, y que se calle!”

El baron pidió que se le permitiese dirigir algunos renglones de despedida á su mujer y á sus hijos: “*Ya les escribirás desde el otro mundo,*” le contestó burlándose el verdugo.

Tambien quiso la víctima que le llevasen un sacerdote para reconciliarse con Dios; pero el filántropo de las sociedades secretas le dijo: “¡Vé á reconciliarte con el diablo!” y *Maresca* dejó de existir.

Removidas ya las provincias, querian los anarquistas agitar tambien la capital; pero se les presentaban para ello innumerables obstáculos, porque el ejército era fiel y leal, las clases elevadas no querian tener nada de comun con los traidores, el populacho se mostraba monárquico y religioso, y los trabajadores del puerto respondian al llamamiento de la *Italia Roja*, que ellos no entendian ni una jota de asuntos políticos, y que de ningun modo se mezclarian en lo que no les tocaba. “*Trabajo queremos, que no revoluciones,*” esclamaban ellos con su natural discernimiento; á lo cual replicaban los doctores: “¡*Ignorantes!; Estúpidos!*” (2)

Por este tiempo, algunos agitadores de los mas osados, presentaron al rey una petición, en la cual se trataba de reformas, y comenzaba á vislumbrarse el deseo de obtener una representación nacional. No habia

(1) Esta roca dominaba un profundo valle atravesado por el rio Calora.

(2) Véase la *Storia degli ultimi fatti di Napoli*, núm. 97, libro del partido exaltado.

llegado aun el caso de pronunciar la sacramental palabra de constitucion, y era preciso caminar por grados.

Para remover á las masas se recurrió al arbitrio de producir infundado terror en las plazas públicas, y conmociones sin causa en las calles. De improviso pasaban acá y acullá, corriendo al galope, carruajes llenos de estudiantes despavoridos, con cocheros de estentóreas voces, y se les gritaba:

—“¡Huid! ¡huid á toda prisa!”

Los habitantes del barrio perdian el color, y se les decia tambien:

—“¡*Ea! ¡huid! ¡Que vienen! ¡Triste del que deje su tienda abierta!*” con lo cual se formaban al punto numerosos grupos, y se cerraban precipitadamente las puertas de los almacenes.

—“*Pero ¿por qué huir?*” preguntaba la muchedumbre.

—“*¿Cómo! ¿preguntais por qué? ¿Pues no los estais viendo?*”

—“*¿En dónde?*”

—“*¡Oid, oid! ya se acercan.*”

—“*Pero ¿quiénes?*”

—“*¡Ah! ¡qué horror!*”

Y á las reiteradas preguntas que hacian estupefactos los curiosos, respondian con frases misteriosas hombres de siniestro aspecto, esparciendo los mas extraordinarios rumores. Nadie comprendia ni una sola palabra de tan inauditos tumultos ni de amenazas tan imaginarias; pero todos estaban consternados, que era lo que se proponian conseguir los anarquistas.

Así obedecian los afiliados á las sociedades secretas las instrucciones del gran maestro; y así comienzan las revoluciones.

Los planes trazados en los conciliábulos de Nápoles se reducian:

1º A deshacerse de monseñor *Coclé*, confesor del rey.

2º A derribar al marqués *Delcaretto*, ministro de policia.

3º A librarse de Fernando II y de toda su familia.

4º A proclamar, en fin, al mismo tiempo la *independencia italiana* y la *república unitaria*.

Entre tanto, continuaba la barahunda en las calles, manteniéndose sordamente la inquietud en los ánimos por medio de demostraciones sucesivas, cuya importancia se cuidaba de exajerar. El mismo rey, rodeado de consejeros pérfidos ó cobardes, no sabia qué pensar de la situación pública. Los confusos votos de *reformas* que hasta él llegaban ¿serian obra de la voluntad nacional, ó de las maquinaciones revolucionarias? ¿Qué era lo que en realidad pedia la nacion, dando por supuesto que la *nacion*, en el verdadero sentido de esta palabra, pidiese alguna cosa?.....

En medio de sus generosas perplejidades, un solo sentimiento dominaba el magnánimo corazón del monarca, y era el de calmar la agitación de los ánimos, accediendo á proposiciones razonables, otorgando prudentes reformas, y probando por último al país cuán dispuesto se hallaba á hacer por su prosperidad todo género de sacrificios.

Pero si por una parte adoptaba las ideas de progreso que exigían las necesidades de la época, por la otra no podía menos de conocer que las concesiones arrancadas por los manejos de la anarquía producirían en último resultado la caída mas ó menos pronta del trono y la ruina del pueblo. Así es que Fernando II vacilaba sin saber qué determinar; pero si Nápoles le tenía en suspenso, Palermo puso fin á sus indecisiones.

La Sicilia se sustraía á su dominación; el reino se hallaba pervertido con la deplorable retirada del general Desauget, y la *Italia Roja* entonaba ya cánticos de triunfo; de modo que el rey, á fin de asegurar la posesión de uno de los mejores Estados de su corona, y con la esperanza de impedir que Nápoles imitase á Palermo, se decidió al cabo por el sistema de las concesiones.

“*Ya es tarde,*” iba á contestársele.

No bastaba, en efecto, despues de los desastres de Sicilia, proponer *meras reformas*, por lo cual se aventuró el monarca á entrar en las *vías constitucionales*, creyendo de buena fé que ocurrirían horrorosas catástrofes, si no prestaba oídos á los delegados del partido liberal. Por otra parte, los principales soberanos de Italia, y el Papa especialmente, le instaban á que siguiese sus pasos; y aun quizás pensó entonces que el mejor medio de desengañarles y abrirles los ojos sería ganarles la palma en materia de amplísimas concesiones; y ya que se entraba francamente en aquella carrera, caminar en derechura y sin detenerse hasta el término. Como quiera, es lo cierto que adoptó su partido, y como primer sacrificio despidió á su confesor; paso de inmensa trascendencia, como que abría una brecha en su vida íntima. Poco despues iba á lanzarse el gobierno á banderas desplegadas en el mar de las revoluciones.

La nueva medida, adoptada en la mañana del 25 de Enero, no satisfizo en manera ninguna las exigencias de los demagogos, que, como era de esperar, habían menester de mas amplias concesiones.

El ministro de policía *Delcaretto* fué llamado de noche á palacio; y quando mas confiado penetraba en el gabinete del rey, se vió de repente preso, conducido de por fuerza á orillas del mar, y embarcado en un vapor sin destino fijo, (1) no habiéndosele dado tiempo ni aun para despe-

(1) No se le permitió desembarcar ni en Liorna ni en Génova, y tuvo que andar errante de acá para allá.

dirse de su familia. Verdad es que encontró á bordo cuanto podía necesitar; pero ; cuánto dolor y amargura no debió de padecer en los primeros momentos! Despues supo que sin este aparente rigor hubiera sido infalible su muerte, porque las sociedades secretas le habían designado como víctima al puñal de los asesinos; de modo que, aparentando el monarca castigarle, fué realmente su salvador.

Este acontecimiento produjo gran sensación: ya no había mas policía, quedando de este modo abiertas las puertas de par en par al partido de los agitadores, y cesando todo temor y entorpecimiento. Acabábase de conquistar algo mas que el *derecho al trabajo*: el derecho á *la anarquía*.

Como muestra de reconocimiento por la espulsion del sacerdote y del ministro, organizóse con gran estrépito una *manifestacion-monstruo* para el dia 27 de Enero: ; dia verdaderamente nefasto!

No faltó á la demostracion ninguno de sus correspondientes accesorios, tales como procesiones, arranques patrióticos, banderolas á millares, y *vivas* á Pio IX. Los corifeos del desórden iban arrojando al pueblo monedas de plata para escitar su entusiasmo; pero como llovía á cántaros, se desplegaron pomposamente innumerables paraguas tricolores, que por cierto no estaban anunciados en el programa. Lo formidable tiraba ya á burlesco.

Al desfilar la procesion cívica por la calle de Toledo en direccion al Mercatello, le salió al encuentro el general Stratella con una patrulla de húsares, é intimó á los agitadores que se retirasen. “; Viva la constitucion!” le contestaron éstos agitando sus banderolas y formando comparsas heroicas.

De repente se oye un cañonazo, y aparece en el elevado castillo de San Telmo la bandera roja.

Al pronto creyeron los facciosos que era el pabellon belga, por cuyo medio se les prometía una constitucion como la de Bruselas; y como mientras mas estravagante es una idea, mas efecto produce sobre las masas, se preparaban ya éstas á exhalar en gritos su alegría, cuando se oyó otro cañonazo, y muy en breve otro mas, que disipó todas las ilusiones. El pabellon y las detonaciones de la ciudadela anunciaban resistencia y guerra: el uno era la señal del estado de sitio, y las otras el llamamiento “; á las armas!”

La tropa iba á marchar contra el motin.

Al punto acudieron al real palacio fuerzas imponentes, y se desplegó la artillería enfilando con piezas formidables la calle de Toledo. Despues del drama vino el sainete.

Fué cosa de ver cómo se zurraron los del cortejo, echando á correr á